

CAPÍTULO IV

LUTERO EN WARTBURGO

El deber, impuesto por el Emperador al profeta, en cambio del seguro de su vida contenido en los salvoconductos, fué el silencio. Para no promover nuevos conflictos con Roma, el orador debía callar y á toda costa recluir en sí cuanto le ocurriese á su inteligencia. Libre en su palabra, quizás de grado callara Lutero; mas cohibido y obligado al silencio, la natural elocuencia de aquel enardecido ánimo debía brotar por sí misma con vivaz espontaneidad. Tenemos en nosotros inspiraciones instintivas, las cuales, por ser de la inteligencia, no pueden compararse con los impulsos de la voluntad, á causa de que en estos obran á la continua tanto la conciencia como la deliberacion; mientras en aquellas una fuerza casi divina, una revelacion casi celeste, algo de eso que el poeta suele atribuir á las musas y que en la lengua extraña de la filosofía novísima, se llama lo inconsciente. Como la naturaleza cria ese brevísimo sér denominado ruiseñor, última y acabada expresion de sus mas dulces melodías, con sensibilidad é inquietud de artista, con pulmones parecidos á los fuelles de un órgano, con flexibilísima garganta de la cual brotan gorjeos y arpegios sin término, cria tambien al orador, comunicativo, franco, abierto su corazón á todas las emociones y abierta su inteligencia á todas las ideas; trasparente su alma como la superficie de un lago al reflejo de todos los objetos; necesitado de espaciarse y de difundirse como los flúidos; vibrante siempre en sus labios la palabra cuya aparicion coincide con la aparicion misma de la idea que toma, hasta en los senos del alma, todas las líneas y todas

las reverberaciones de la forma. Por consiguiente, mas fácil que allegar de un orador el silencio, allegar de una aromosa flor que no difunda sus aromas, de un luminoso astro que no comunique sus destellos, de un ardiente volcan que no lance sus lavas, de un mar que no se encrespe en olas, de un huracan que no corra en ráfagas y en trombas; porque la virtualidad del alma resulta superior en todo caso á las infinitas é innumerables virtualidades del Universo. Así Lutero, en su viaje de Worms á Witemberg, á pesar de la imposicion del Emperador, de las súplicas de los electores, del voto de obediencia, del impulso de su propia voluntad, del consejo y aviso de su propio entendimiento, habló en Hirschfeld á ruegos del abad Milio y en Eisenach á ruegos de sus compatriotas; y eso que las autoridades eclesiásticas y civiles se lo prohibian y los notarios certificaban su desprecio á esta prohibicion y su quebrantamiento de los rescriptos imperiales y de la propia sagrada palabra.

Quien mas se apenaba y afligia en este momento era el elector Federico de Sajonia. Amigo exaltado de Lutero, admirador ferviente de sus varios talentos, jefe de la Universidad á la cual diera el orador tantos dias de gloria, no estaba por castigarle en sus desobediencias y desacatos á la autoridad imperial, pero tampoco estaba por indisponerse él mismo con todas las potestades del mundo y llamar sobre su frente los rayos fulminantes de la Iglesia y del Estado. Carácter dulce, ánimo conciliador, inteligencia serena, corazón poco apasionado, amigo de las letras mas que de las ideas, antes erudito que creyente, deseoso de terminar en paz el resto de sus dias, desafecto á todos los extremos de fuerza y de violencia, ideó un expediente como suyo, que salvase al monje sin riesgo de su protector y que diese una tregua eficaz á las pasiones del momento, divirtiendo la atencion del Emperador ya ocupada en la guerra, de los asuntos religiosos, y calmando la sobreexcitacion de inteligencia y de ánimo que aquejaba entonces á Lutero, de suyo locuaz é intemperante. Su debilidad natural, su inferior posicion respecto al Emperador, sus deberes de soberano, le impedian tomar activa parte en la revolucion ya desencadenada, mientras su amistad y admiracion por Lutero, el culto á su inteligencia y á su palabra, el cariño á su persona le impedian dejarlo abandonado á las venganzas de la resistencia y la reaccion. Comprendiendo, pues, que el salvoconducto de nada podia servirle, que el quebrantamiento de la

palabra empeñada y la desobediencia al rescripto imperial le dañaban con gravísimo daño, decidió apartar á su amigo del mundo sin grave detrimento de su salud y de su libertad, encerrándolo en misteriosa nube, desde la cual pudiera lanzar sus ideas y ocultar su persona, con cuyo medio de seguro se acrecentaría la virtud de su nombre y el esplendor de su prestigio.

Andaba Lutero acompañado de solícitas gentes, devotas á su persona y á su doctrina, y provisto de otro salvoconducto mas, dado sobre el del César y sobre el del elector por el Landgrave de Hesse; y precedíanle además, el resuelto capitán Prelops y su entusiasta hermano Jacobo. En sitio misterioso, cerca del castillo de Altenstein, cuando mas descuidados é inadvertidos estaban, aparecieron grupos de caballeros armados de todas armas y cubiertos con máscaras como si no fuese bastante á ocultarlos á los ojos mas indagadores lo espeso y recatado de sus celadas y viseras. Aparecer tales hombres, en tal sitio, y desaparecer el hermano que saltó de un bote desde el carruaje al suelo y desaparecer el capitán que se perdió como una exhalación tempestuosa en la selva, fué obra de un rápido momento. Y mientras los compañeros desaparecían, trocábase el monje austero en apuesto gentil hombre; su estameña y sayal en brocados, su barba monda en luenga y sedosa barba, sus sandalias en botas y su humilde carruaje en ligero alazán como si de una comedia de magia ó de un libro de caballería se tratase. Lo cierto es que Lutero desaparece como si hubiera venido á llevárselo algún genio de otro mundo, cual cuentan la tradición y la leyenda que los ángeles del cielo, después de la muerte de Cristo y de la Asunción de María, descendieron raudos de la gloria y transportaron en sus alas al evangelista San Juan desde el desierto á Pátmos, para que allí, sobre el suelo de Grecia y á la vista del mar de las sirenas, se escribiese el Evangelio del Verbo, es decir, el Evangelio que exalta la divinidad de Jesucristo. Los compañeros de viaje del revolucionario contaban que no pudiendo resistir á tantas asechanzas como le asestaba la persecución, hasta el punto de haberle querido envenenar en la mesa de un Arzobispo, había muerto víctima del odio de sus enemigos y mártir de las nuevas y regeneradoras ideas.

Los enmascarados condujeron al monje rápidamente, y por sendas ocultas y por atajos tortuosos, al castillo de Wartburgo: tosca fortaleza con claustros

y galerías del undécimo siglo; retiro inexpugnable desde cuyas alturas podía el alma humana cernirse como un águila sobre la tierra, elevarse á lo infinito, confundirse con la naturaleza, entregarse á la meditación según su grado. Leyendas católicas esmaltaban este extraño sitio, desde el cual iba instantáneamente á posesionarse del mundo la revolución religiosa, dirigida contra el catolicismo tradicional. Allí habitó Isabel, esposa del Landgrave de Hungría, en torno de cuya persona la tradición católica ha esmaltado mil leyendas semejantes á las que refieren los franceses de Santa Germana de Pibrac y los españoles de Santa Leocadia de Toledo. Dicen las crónicas legendarias que, como saliera la Santa Reina de su feudal palacio, cargada de limosnas para los pobres, y bajo aquella carga que recataba de los profanos ojos, la encontrara su marido y le dijese en son de amistosa queja y de cariñosísima pregunta porqué iba tan abrumada por aquel peso, convirtiéndose todo él en rosas blancas y encarnadas, hermosísimas hasta deslumbrar la vista y bien olientes como las primeras flores del mundo recién nacido en los primeros días del Paraíso immaculado. Grande asombro para el monarca las rosas aquellas en pleno invierno y en tal región; pero no hizo mas que coger una y llevársela al pecho por respirar en ella, con la esencia de su cáliz, la santidad de su poseedora. Pocos sitios tan bellos como el Pátmos agreste y montañoso de Lutero. Verdes campiñas en todas direcciones se extienden; argentados arroyuelos se desatan susurrando por todas partes; las montañas lejanas se asemejan á condensaciones del aire celeste; los valles de Turingia surcan el maravilloso espectáculo y dan paz al ánimo que los contempla; cantan como á porfía las aves del cielo en las enramadas umbrosas; el aire se aviva y purifica en las eminencias sublimes; y el castillo, á pesar de su ceño, á pesar de su fortaleza, á pesar de su antigüedad, parece como un nido engarzado en la riente naturaleza que lo rodea en guisa de vivo y animado idilio. Pocos sitios tan idóneos para el recogimiento de las ideas, para la meditación sobre los problemas de la vida y de la muerte, para la paz del alma, para la comunicación estrecha y continua con el cielo. Aquí el torrente que se despeña; allí el águila contemplada á vista de águila; allá la pacífica grulla; en los huecos del campanario la cigüeña, en las vertientes de la montaña el tilo mezclado con la encina; doquier que el horizonte se extiende huertas, florestas, aldeas, quintas tendidas

por las laderas, lo risueño mezclado con lo abrupto, las hondonadas tranquilas á la sombra de los elevados picos cubiertos de ventisqueros y tonantes con la tempestad continua de sus gigantescos aludes. Hé ahí el sitio donde su amigo el elector habia depositado la persona del monje para preservarla en tal seguro de las cóleras del Emperador y de los rayos del Pontífice.

Imaginaos cuál seria el asombro del mundo, ignorante de los resortes y de los secretos del drama. El hombre que habia conmovido todas las Universidades de Europa, agitado todos los príncipes del Imperio, puesto en movimiento tres ó cuatro Embajadores del Papa, lanzado la Alemania contra Roma como no pudo lanzarla ninguno de los héroes alemanes, hecho de la conciencia religiosa una especie de incendio, sembrado la tempestad en los cielos del universo y en los cielos del espíritu, ese hombre tan extraordinario habia sido robado por extraña manera y por extraños raptos en medio de una selva, como si de los dominios de la realidad hubiéramos pasado á los dominios de la fantasía. Quién cree que lo han convertido en cualquier animal in-mundo las magias y las hechicerías con que está de antiguo en pleno contacto; quién cree que lo han robado los ángeles del cielo para ponerlo entre las estrellas del azulado firmamento; quién le imagina ya en los profundos infernos y entre las legiones de desatados demonios; y quién allá como el Hijo en la diestra del Padre, recibiendo una nueva revelacion y un Evangelio nuevo para traer la paz y la libertad á este bajo mundo, otra vez redimido por las ideas de este grandioso depositario del espíritu revelador. Nadie, al pronto, podia creer que aquello era un expediente inventado por la fantasía del elector, una comedia convenida entre dos personajes, un rapto en el cual estaba como primer cómplice el mismo robado, una industria de frailes y de soberanos ideada con calma y urdida con astucia para deslumbrar á grandes personajes y á omnipotentes poderes de este bajo mundo.

Quien desee admirar la flexibilidad del ingenio de Lutero, no tiene mas que leer las cartas narrativas de su cautiverio. Huelen á heno, y si estuvieran escritas en nuestras regiones, dijéramos que huelen á espliego y á tomillo. Leyéndolas se transfunde la sávia del campo á vuestras venas; se pega la serenidad del cielo á vuestra alma; y os dan tentaciones de revolcaros en la pradera ó de ponerlos á cantar en la sombra de la enramada: tan grande apa-

rece la virtud de su estilo. ¡Cómo describe el rayo de sol penetrando al través de los vidrios de sus ventanas y rompiéndose en el acero de sus armaduras! ¡Cómo escucha la amorosa serenata del ruiseñor, al cual acompaña con los silbidos de su flauta ó con las estrofas de su himno! ¡Con qué piedad recoge la humilde florecilla del campo, que envía el incienso de su aroma modesto y puro á lo infinito! ¡Cuánta atencion pone á la esquila del ganado que le anuncia el anochecer; y cuánto cariño en las caricias al viejo mastin que viene á lamerle la mano y que le agasaja como amigo huésped! Diríase que el sitiador de las seculares Iglesias, el titan conjurado contra los viejos poderes, el revolucionario que blande como un manojo de rayos las nuevas ideas para derretir coronas y tiaras, se habia convertido en una especie de manso poeta bucólico, á cuyos ojos aparece la vida como un lago celeste y el mundo como una égloga viviente. El mismo describe una partida de caza, en la cual corrió como un ciervo por las selvas; subió como un gamo perseguido á las montañas; voló en el lomo de su caballo, cual si hubiera encontrado una cabalgadura fantástica. Dos liebres y dos perdices cayeron á sus tiros. Pero bien pronto el lado moral de la vida se revela claramente á sus ojos y el ministerio de eclesiástico y de reformador se impone á su conciencia y comienza de nuevo á teologizar entre lazos, perros, monteros, ojeadores y aparatos é incidentes de caza; y comienza á decir que el mundo se le aparece como una gran cacería donde el primer cazador es el diablo y los ojeadores y los perros son los curas y los Obispos. Y cuenta en seguida que cogió por milagro una liebre viva y la guardó en la manga de su traje con mal consejo, pues, al sacarla de su escondite y devolverle la libertad, los sabuesos se lanzaron sobre ella y le rompieron primero las piernas y la mataron luego sin piedad, ni mas ni menos que hicieran Satanás y el Papa con las almas que él habia querido redimir y salvar.

Así no es maravilla que convirtiera la montaña, donde está situado el castillo de Wartburgo, en una especie de volcan de ideas, ó de tribuna ciclópica, desde cuyas cimas resonaban en la tierra y en el cielo las ardientes palabras de la revolucion universal. En las primeras semanas, lo extraño de los sucesos y lo inesperado y súbito de las apariciones, que le acompañaban y que le servian, debieron herir su curiosidad inquieta y cautivar su creadora